

La potenciación del trabajo comunitario como estrategia para reafirmar el compromiso social del trabajo social

Potentialities and boundaries of community action as an empowerment strategy in the current crisis context

Ferran Cortés Izquierdo¹

Somos lo que hacemos y, sobre todo, lo que hacemos para cambiar lo que somos.

EDUARDO GALEANO

Resumen

En este artículo comparto unas reflexiones en torno a la necesidad de reforzar el trabajo social comunitario. La intención es reubicar el trabajo social en su compromiso de acompañar y apoderar a las personas, grupos y colectividades preocupadas, ocupadas y/o afectadas por la exclusión social para impulsar procesos de organización comunitaria que generen nuevos conjuntos de acción integrando los esfuerzos de la Administración pública, el Tercer Sector y los nuevos movimientos sociales para construir un nuevo sistema de bienestar que garantice los derechos sociales y para luchar contra las desigualdades sociales.

Palabras clave: Nuevos movimientos sociales, trabajo social comunitario, organización comunitaria, apoderamiento.

Para citar el artículo: CORTÉS IZQUIERDO, Ferran. La potenciación del trabajo comunitario como estrategia para reafirmar el compromiso social del trabajo social. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, diciembre 2014, n. 203, páginas 23-35. ISSN 0212-7210.

¹ Trabajador social. Licenciado y Máster en Sociología. Profesor del Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Universidad de Barcelona. fcortes@ub.edu

Abstract

In this article I share my thoughts about the need of reinforcing Community Social Work. The intention is to redefine Social Work in the terms of its commitment to empower people, groups and collectives worried and affected by social exclusion to encourage processes of community organization that generate new combinations of action by integrating the public administration, the third sector and the new social movements to build a new welfare system that guarantees social rights, and to fight against social inequalities.

Key words: New social movements, community social work, community organization, empowerment.

Una sociedad en crisis pero con esperanza

Para ir construyendo mi relato presento, en primer lugar, una breve descripción del contexto social en el que debemos situar las prácticas del trabajo social, para tomar conciencia de la gravedad de la problemática social y de la quiebra retrasada del Estado del Bienestar, pero haciendo hincapié en la puerta de la esperanza que abren los nuevos movimientos sociales.

Una situación social preocupante y un Estado del Bienestar en fallida

Desde 2007 vivimos la última crisis económica sistémica del capitalismo, la que ha generado más paro y pobreza en nuestro país. El modelo de desarrollo económico instaurado en España en los últimos 20 años, basado en una especulación financiera e inmobiliaria que ha permitido acumular grandes riquezas en manos de unos pocos, nos ha hecho especialmente débiles para afrontar esta crisis. Después de privatizar las ganancias, han hecho saltar la banca y han

socializado las pérdidas. Los ciudadanos hemos tenido que cubrir el agujero de la banca con los recursos del Estado y hemos visto como van empequeñeciendo un Estado del Bienestar que, aunque tardío e incumplido, era uno de los logros de muchas luchas ciudadanas por los derechos sociales.

El alto nivel de desempleo de los últimos años, en Cataluña en 2014 alcanza el 22% de la población activa, así como el aumento de la precariedad y las nefastas consecuencias que provoca en la vida de muchas personas, que no pueden pagar su vivienda y ni siquiera cubrir sus necesidades más básicas como la alimentación o el gasto energético, se presentan cada día en los servicios sociales. Sin embargo, los trabajadores sociales, impotentes, no pueden atender de manera adecuada estas necesidades.

El ámbito del trabajo social no solo se encuentra desbordado por el crecimiento de la precariedad, sino que se tambalean las bases del Estado del Bienestar sobre el que se había implementado. Primero fue la progresiva externalización de los servicios de bienestar a través del tercer sector, pero ahora este proceso cada vez se abre más al

mercado, ya sea por la entrada progresiva de las empresas en la provisión de los servicios de salud, los servicios educativos, los servicios para las personas mayores, etc., como por sustitución de la Administración pública por parte de la empresa privada en la provisión de ayudas básicas para la infancia o en el liderazgo de procesos de dinamización comunitaria.

Por otra parte, los tímidos intentos de potenciar la acción comunitaria de los últimos años (planes de desarrollo comunitario, planes de barrio, planes educativos de entorno, proyectos de servicios sociales, etc.) se han visto frenados, en el mejor de los casos, o en otros, como por ejemplo los Planes de Desarrollo Comunitario gestionados por la Federación de Asociaciones de Vecinos de Vivienda Social de Cataluña (FAVIBC), han tenido que cerrarse por falta de financiación. La situación es tan dramática que no solo se están deteniendo proyectos de dinamización comunitaria generados por la mayor parte de entidades y servicios de un territorio, sino que deben cerrar las puertas algunas entidades del 3er sector que ya hace muchos años que proveen a la ciudadanía de servicios de bienestar esenciales en el campo educativo, de la reinserción social, del ocio, etc.

Los nuevos movimientos sociales de la esperanza

Pero desde hace unos años estamos viendo un rebrote de los movimientos sociales y un despertar sorprendente de iniciativas, resistencias y propuestas que caminan hacia una “sociedad alternativa”. La riqueza de los movimientos sociales actuales, que dan continuidad a los viejos movimientos sociales de mediados del siglo XIX a mediados de siglo XX, y a los que debemos los derechos civiles, políticos y sociales

que disfrutamos (todavía) los estados de la Europa occidental, se nutre de la generación de varias movilizaciones ciudadanas en las últimas décadas que se han ido sobreponiendo y aportando grosor, coherencia, calidad intelectual a su mensaje (Botey, 2013).

Esta emergencia del potencial ciudadano y el bagaje cívico y solidario que, por suerte, tiene nuestra sociedad propone un montón de iniciativas solidarias para dar respuestas a situaciones de precariedad, pero también para reivindicar políticas públicas progresistas o, simplemente, para defender los servicios de bienestar que tenemos y que están en clara regresión. Se trata de iniciativas que experimentan nuevas formas de organización, más flexibles y horizontales que demandan otras formas de relación con las instituciones y el reconocimiento de su capacidad de autogestión.

La necesidad de recuperar el trabajo comunitario

A la hora de plantearnos qué se puede hacer desde el trabajo social para abordar los retos sociales actuales, hay que recordar que el trabajo comunitario siempre ha sido una estrategia indispensable para canalizar el compromiso del trabajo social con la transformación humana y social. También debemos darnos cuenta de que el trabajo comunitario forma parte del objeto del trabajo social y que hoy su redescubrimiento nos ayuda a redefinir su papel en la sociedad.

■ **El trabajo comunitario forma parte del objeto del trabajo social y hoy su redescubrimiento nos ayuda a redefinir su papel en la sociedad.**

La tradición del trabajo comunitario en el trabajo social

Como ya sabemos, el trabajo social nació a finales del siglo XIX en la emergencia de movimientos sociales que planteaban propuestas para reformar la sociedad. Ya desde los orígenes del trabajo social encontramos propuestas de sistematización de la metodología de intervención comunitaria, como la del primer *settlement* (asentamiento), que fue fundado a finales del siglo XIX por un cura, Barnett, y su esposa en un barrio marginal de Londres. Al principio actuaban interviniendo en cada caso individualmente, como hacían las visitadoras de la Charity Organization Society (COS), pero enseguida se dieron cuenta de que se podía reforzar más a la persona en un entorno grupal, donde pudiera compartir un objetivo común y el trabajo cooperativo.

Esta experiencia también se trasladó a EE.UU. de la mano de Jane Adams, que fundó el Hull House en Chicago en 1889. Adams y el “movimiento del Asentamiento” defendieron la idea de que los problemas sociales eran generados por las condiciones de la sociedad y no tenían nada que ver con la personalidad del individuo. El trabajo del cambio tenía que ir, pues, dirigido a conocer e intervenir sobre estas condiciones sociales, aunque la sistematización de modelos y métodos profesionales del trabajo social comunitario tuvo que esperar un poco más, hacia los años 30 del siglo XX, con autores como Steiner.

También en la introducción del trabajo social en Cataluña, más tardía por nuestras particularidades históricas, el trabajo comunitario tiene una presencia importante. En los años sesenta, cuando se empieza a consolidar la profesión en Cataluña, llegan las

ideas sobre el desarrollo de la comunidad de las Naciones Unidas, y, gracias a actividades de formación de expertos como Marco Marchionni, se impulsan proyectos de atención comunitaria en los barrios de Barcelona, que se extienden durante la década de los setenta en un contexto de esperanza y de cambio socio-político. Fueron unos momentos en los que los trabajadores sociales (normalmente contratados por Cáritas) trabajaban en los barrios conjuntamente con los líderes vecinales, sindicales, políticos, curas y cristianos de base a fin de alcanzar la democracia, y más concretamente unos servicios de bienestar inexistentes (transporte, servicios sociales, centros de salud, etc.).

El trabajo social como enfoque global

Una primera constatación es que el trabajo comunitario no es ajeno al trabajo social, sino que es una parte inseparable de su esencia ya que lo identificamos con un enfoque global e interactivo centrado en la persona y en medio social. Como explica Zamanillo (1999), el trabajo social quiere abordar “toda situación de carencia o necesidad del ser humano, a nivel individual, familiar, grupal o comunitario, que impida o dificulte tanto el desarrollo de las potencialidades del hombre en relación a si mismo y a su entorno como el desarrollo del entorno social de cara a la consecución del bienestar social”.

La **mirada sistémica-ecológica** refuerza esta mirada global en la medida en que integra la intervención con la persona, con las redes sociales y la naturaleza para potenciar los procesos de capacitación personal y el desarrollo. En los modelos sistémicos se considera al usuario-cliente como un sujeto implicado en el conjunto de

sistemas que lo engloban y en los que participa. El trabajador social se preocupa por “rehacer las relaciones individuo-sistema y sistema-individuo (por ejemplo, motiva a los padres para que lleven a su hijo a la escuela y también a la escuela para que atienda adecuadamente las circunstancias de este niño y su familia). Las relaciones y los vínculos sociales aparecen como elementos esenciales en el universo relacional que es la red que permite generar comunidad real (Navarro, 2004).

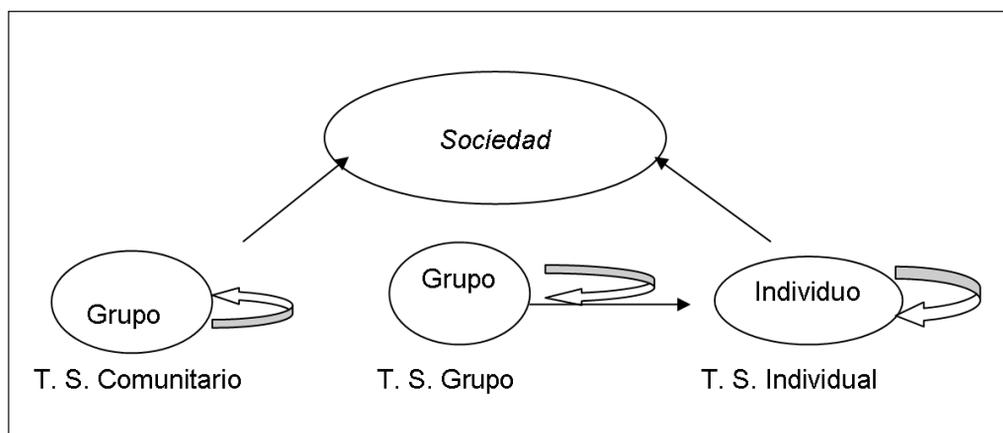
El trabajo comunitario como estrategia metodológica del trabajo social

Esta comprensión global del trabajo social no entra necesariamente en contradicción con la tradicional “trilogía clasificatoria” del trabajo social en **trabajo social individual y familiar (TSI)**, **trabajo social con grupos (TSG)**, y **trabajo social co-**

munitario (TSC), aunque, ciertamente, favorece la especialización profesional. Desde esta perspectiva, en la teoría del trabajo social se identifican tres grandes estrategias de abordaje de situaciones sociales, con características diferenciables según los tipos de relaciones que estos tres abordajes enfatizan.

Como vemos en cuadro 1, en el TSI se hace un abordaje individual de situaciones sociales personales que se concentra en las relaciones bidireccionales individuo-sociedad. En el TSG el abordaje de situaciones sociales personales se desarrolla en entornos grupales. A diferencia de las otras dos estrategias, el TSC es un abordaje de situaciones sociales colectivas mediante el desarrollo de procesos organizativos. Su núcleo central es la tarea de constitución (creación) y mantenimiento (sostenimiento) de un grupo (grupo informal, asociación, coordinadora, comité, etc.) en torno a un proyecto colectivo de mejora.

Cuadro 1. Tipos de relaciones y abordajes metodológicos



Fuente: Barbero, 2002.

El trabajo comunitario como espacio interdisciplinar con cierta tendencia a la especialización

El trabajo comunitario se puede considerar, pues, un abordaje metodológico del trabajo social que forma parte de su tradición desde sus orígenes. Pero también es cierto que a pesar de que históricamente la intervención comunitaria ha sido patrimonio del trabajo social, hoy otras profesiones cercanas (como los educadores sociales, psicólogos sociales, profesionales de la salud, etc.) también se han hecho suyo el trabajo comunitario. Seguramente la escasez de prácticas de intervención comunitaria a partir de los años 80 en el ámbito del trabajo social, ha facilitado que otras profesiones también se fuesen haciendo suyo este espacio profesional.

Este espacio de prácticas del trabajo comunitario de carácter interdisciplinar ha ido configurando, en mayor o menor medida, una identidad profesional diferenciada. En el caso de Inglaterra esta diferenciación entre el asistente social (que se centra en el trabajo social de casos) y el trabajador comunitario es muy acusada, y en este país incluso se requiere una formación reglada diferenciada con el fin de ejercer estas dos tareas. En Cataluña esta diferenciación es mucho menos acusada, pero en los últimos años ha habido cierto desarrollo del Trabajo Comunitario como espacio de encuentro interdisciplinar que pone en relación conocimientos de varias disciplinas (trabajo social, educación/pedagogía social, psicología comunitaria, salud comunitaria, etc.) (Úcar i LLena, 2006).

La tendencia hacia la especialización profesional genera debate en las organizaciones que desarrollan la intervención social. Algu-

nas, como por ejemplo una federación de asociaciones de un barrio, desarrollan el trabajo comunitario como función primaria y no ofrecen servicios directos a los usuarios. Otras, como por ejemplo algunos servicios sociales básicos, desarrollan el trabajo comunitario como función secundaria. En estos servicios se genera un debate interesante sobre si es mejor que alguno de los profesionales se especialice en el trabajo comunitario o si, en cambio, hay que implicar al conjunto del equipo en los trabajos con la comunidad para reforzar el carácter globalizador del trabajo social.

El trabajo comunitario, sus estrategias y los beneficios que genera

Para poder valorar adecuadamente la aportación social que hace y puede hacer el trabajo comunitario también es importante hacer algunas aclaraciones conceptuales para aclarar qué entendemos por trabajo comunitario, identificar las estrategias de organización colectiva que potencia y los beneficios personales y sociales que genera.

La comunidad como objeto y objetivo del trabajo comunitario

Parece adecuado entender la comunidad como una red o redes de relaciones entre personas que interaccionan entre sí por parentesco, intereses comunes, proximidad geográfica, amistad, trabajo o la prestación o recepción de servicios o combinación de estos elementos. Pero la comunidad es una red social con unas características determinadas. Lo que define a la comunidad es la construcción mental (y por tanto subjetiva) de los individuos, que hace que al compartir un repertorio de símbolos se definan unas

fronteras que los separan de otros individuos. Unas fronteras construidas simbólicamente algunas veces a partir de vínculos relacionales fuertes y otras a partir de vínculos débiles que permiten delimitar un espacio social que ofrece un acuerdo en cuanto a normas y comportamiento aceptado, así como las facilidades de confianza necesarias para generar los intercambios de relaciones, informaciones, etc. que tanto valor suponen para los individuos. Dentro de estas fronteras múltiples y superpuestas es donde el individuo crea su identidad individual y social, donde se define una parte muy importante del diferente acceso a recursos y oportunidades que tienen los individuos (Sancho, 2009).

El concepto de *comunidad* nos da cuenta de una realidad presente en nuestra sociedad, pero también evoca un ideal a alcanzar. La comunidad es nuestro punto de partida (objeto de intervención) pero también el tipo de sociedad que queremos alcanzar (objetivos de intervención). Desde la perspectiva de las políticas públicas normalmente trabajamos para construir comunidad territorial en el marco local, pero debemos tener en cuenta que la configuración de intereses comunes no solo se produce en este espacio, y que en la localidad también se ponen en juego intereses en conflicto, ya sea porque defienden un modelo de sociedad diferente, porque compiten por el acceso a recursos sociales, etc.

Conceptos para denominar el proceso de “hacer comunidad”

Para referirnos al reto de construir comunidad asociamos este concepto a varios sustantivos (acción, desarrollo, organización, trabajo) que quieren denominar de forma más o menos precisa el tipo de acción que

quiere desarrollar un proceso, a través del diálogo y la cooperación entre los actores de una situación, que permita avanzar hacia este ideal de sociedad más justa e inclusiva. Veamos, brevemente, qué nos aporta cada uno de estos conceptos.

Hoy, a menudo, se utiliza el concepto de **acción comunitaria** para referirse a un tipo de acción social que se produce en el marco de una comunidad. El uso de este concepto es bastante ambiguo, ya que a veces se refiere de manera general a las relaciones entre personas, o a los deseos, oportunidades, elecciones, emociones, conflictos, vínculos, intereses, poderes, motivaciones, discursos y, en general, a todos aquellos mecanismos que, de manera dinámica y compleja, entretienen, regulan y estructuran la vida en sociedad. Pero en otras ocasiones se utiliza de manera más concreta, definiéndola como un “proceso de dinamización de las relaciones sociales de cooperación entre los miembros de un determinado ámbito o espacio de convivencia para mejorar el bienestar cotidiano de las personas” (Carmona y Rebollo, 2009). En otras definiciones aún se precisan más las características de este proceso y se destaca que “incluye un conjunto de acciones desarrolladas por multitud de actores, que pueden incorporar o no profesionales, y que hacen referencia a espacios y a escenarios compartidos. En dichas acciones se consensúan objetivos y se pactan significados de cara a alcanzar unos objetivos que se orientan hacia la transformación social” (Úcar i LLena, 2006).

La ventaja del uso de este concepto es que incluye las diferentes comprensiones que hacen de la acción comunitaria las diferentes disciplinas implicadas, así como los procesos comunitarios impulsados por la

ciudadanía. En mi opinión, es un concepto útil para referirse a la dinámica comunitaria de manera genérica, pero si se trata de denominar a las prácticas que caracterizan la acción comunitaria desde el trabajo social tenemos otros conceptos que aportan más precisión para definir lo que queremos aportar desde la práctica profesional para construir comunidad.

Como ya hemos explicado, en las primeras sistematizaciones del trabajo comunitario en el marco del trabajo social se apuesta por el concepto de **organización comunitaria**. La ventaja de este concepto es que sitúa la organización como un eje central del trabajo comunitario. Este papel central ha sido destacado por autores clásicos del trabajo social comunitario como M. G. Ross cuando define la organización comunitaria como un proceso que intenta generar organizaciones vecinales o grupos organizados de personas que comparten intereses para cohesionar e integrar a los habitantes y poblaciones de los barrios, o como Paul Hendersson, que establece que “la tarea fundamental para los trabajadores comunitarios es juntar a la gente y ayudarla a crear y mantener una organización que conseguirá sus objetivos” (Barbero y Cortés, 2005).

El concepto **desarrollo comunitario** fue definido en 1956 por las Naciones Unidas como “el conjunto de procedimientos por los que los habitantes de un país unen sus esfuerzos a los poderes públicos para mejorar la situación económica, social y cultural de las colectividades”. Este planteamiento fue introducido en España por Marco Marchioni a partir de los años 60, y normalmente se ha asociado al desarrollo local. A menudo también se ha vinculado a planteamientos de crecimiento económico.

Cuando hablamos de **trabajo comunitario** nos referimos a la tarea profesional que se desarrolla desde el ámbito de la intervención social destinada a constituir y mantener un grupo en torno a un proyecto de desarrollo social. En esta línea, podemos considerar el **trabajo social comunitario** como el trabajo comunitario realizado por los trabajadores sociales o como el conjunto de conocimientos para orientar esta tarea sistematizados en el marco de la disciplina del trabajo social.

Las estrategias del trabajo comunitario

En la tarea de organizar la comunidad, el trabajador social puede optar entre diferentes estrategias de intervención. Me parece especialmente útil la clasificación que hacen Dumas y Séguier de las diferentes estrategias de intervención social en función del tipo de actores que pretendemos organizar en una plataforma de acción común, diferenciando entre las que se basan en la modificación de los dispositivos institucionales y las que promueven el sostenimiento de los abordajes colectivos (Barbero y Cortés, 2005).

La **estrategia destinada a modificar los dispositivos institucionales** se centra fundamentalmente en el reto de construir espacios de relación y trabajo integrado entre los profesionales y los representantes de las asociaciones para favorecer el desarrollo comunitario local. En cambio, la **estrategia de sostenimiento de los abordajes colectivos** se centra en la movilización de los actores-poblaciones afectados por las problemáticas que se quieren transformar haciéndolos protagonistas de su proceso de cambio. El hecho de poder expresar su voz en el

espacio público significa un paso importante para superar su situación de exclusión social y permite aumentar la participación social desde la base.

Estas dos estrategias son muy diferentes, pero no se trataría de comprenderlas como contradictorias entre sí, sino como diferentes opciones de intervención legítimas que, además, pueden ser complementarias. En principio, sería deseable que los trabajadores sociales pudieran sacar el máximo partido de su posición intermedia (entre población y Administración, entre la interacción cara a cara y lo burocrático, etc.) y tratar de articular en un mismo registro los dos registros de intervención.

Los beneficios del trabajo comunitario

Para valorar en su justa medida el interés del trabajo comunitario es necesario remarcar que las acciones comunitarias pueden tener un impacto significativo y producir beneficios importantes, tanto a nivel colectivo como personal, en diversas dimensiones de la realidad: cultural-simbólica, relacional, educativa y política (Barbero, 2002).

En la **dimensión cultural/simbólica** porque el conjunto de relaciones construidas a través del proceso organizativo delimitan un espacio social para la construcción de interpretaciones comunes de las problemáticas, de las necesidades, de los proyectos de intervención, etc. La acción comunitaria favorece el encuentro cultural, el cambio de la perspectiva de uno mismo y la identidad colectiva.

En la **dimensión relacional** a través de la recreación de relaciones y diálogo que incrementa la red social de las personas y grupos y permite disminuir el aislamiento

individual y colectivo. A través de los procesos comunitarios debemos construir lugares de encuentro o convivencia, establecer programas largos que permitan hacer amigos, mantener redes de apoyo profesional de referencia, etc. Los procesos organizados reedifican el tejido social de los territorios, multiplican las posibilidades de participación en la vida cotidiana y dan estabilidad a la vida colectiva.

En la **dimensión educativa** ya que la participación en procesos organizativos es una oportunidad para el aprendizaje de habilidades praxeológicas (de expresión, responsabilidad, intercambio de información, de investigación, práctica concreta de la planificación y de las habilidades organizativas, etc.). Se trata de aprendizajes prácticos para resolver situaciones.

En la **dimensión política** porque a través de un proceso de organización comunitaria se crea un sujeto colectivo que puede relacionarse con otros sujetos colectivos. Así se consigue voz, interlocución, posibilidades de negociación, de protesta, apoderándose los colectivos en situación de vulnerabilidad abriendo caminos para su inclusión social. Por otra parte, el grupo ofrece garantías que le permiten asumir riesgos que un individuo en solitario no podría asumir.

Algunas ideas para potenciar el trabajo comunitario desde el trabajo social

Hemos visto que la crisis social y política actual es preocupante pero también una oportunidad para resituar el papel del trabajo social, invitándole a redescubrir su alma comunitaria para reforzar su compromiso social.

La reactivación del compromiso del trabajo social

Desde sus orígenes, pues, el trabajo social se sostiene en valores que configuran nuestra identidad profesional como el respeto a los derechos de individuos, grupos y comunidades, el deber de promover la igualdad y la justicia social, etc. Pero los trabajadores sociales incorporamos estos valores de manera diferente en función del nivel de compromiso personal, el modo de comprender la realidad social, las formas de hacer, etc. Sin querer convertirnos en héroes, es útil recordar la vieja aspiración del trabajo social como agente de cambio y darnos cuenta de que el trabajo comunitario puede ayudar a proyectar la dimensión política del trabajo social.

Ya hace bastante tiempo, on autor emblemático como Paulo Freire (1969) interpelava a los trabajadores sociales afirmando que no pueden ser neutros y que deben optar por trabajar a favor de la permanencia de la estructura social o para trabajar por el cambio social. La opción por la permanencia implica adoptar acciones asistenciales, haciendo un esfuerzo para normalizar la estructura social a través del énfasis en su estabilidad y trabajando para insertar a los inadaptados al sistema a través de la domesticación y la manipulación. Mientras que la opción por el cambio compromete a una tarea educativa para desvelar la estructura social, a hacer un esfuerzo crítico común con las personas participantes, para que los individuos reflexionen sobre la propia percepción de la realidad (mientras actúan) e identifiquen la realidad como realidad humana, creada por los hombres, y la desmitifiquen.

Este debate, muy vivo durante los años 70, se había resuelto a través de una tercera

vía, situando, a partir de los años 80 y en el contexto de estructuración del Estado del Bienestar en España, el trabajo social como anteriormente en el resto de Europa, en la órbita de la política social reformista. Pero hoy, en un contexto de polarización social y debilitamiento de la garantía pública del bienestar, varias voces reclamamos que el trabajo social reafirme su compromiso con las poblaciones en situación de vulnerabilidad, como por ejemplo Strier (2013), que pide a los trabajadores sociales que respondan a la crisis global y sugiere la “Inclusive Social Work Practice” (ISWP) como parte integral de la respuesta. El marco ISWP está basado en cuatro principios metodológicos principales, a saber: práctica involucrada, asociación igualitaria, abogacía social y concienciación reflexiva, que responden a cuatro procesos principales de la exclusión abruptamente reactivados por la crisis global: aislamiento social, dependencia, privación múltiple y opresión internalizada.

Para poder impulsar un proceso de cambio el trabajador social debe creer en él pero también ser consciente de los límites de su influencia. Como ya nos decía A. Twelvetrees (1988), “uno debe aspirar cambiar el mundo, si no, no encuentras la motivación necesaria para realizar la tarea. Pero, enseguida, verás que no puedes hacer cambios importantes, al menos en poco tiempo (...) y deberás aceptar que los cambios que promueves serán lentos y graduales”. Sin olvidar que el cambio social implica un una transformación de cada una de las personas y, por tanto, del propio trabajador social, el cual, en sus formas de hacer y de funcionar, deberá procurar ser coherente con el modelo de sociedad que promueve.

El papel del trabajo social como mediador entre los espacios institucionales y los nuevos movimientos sociales

Casi cuarenta años después nos encontramos ante una segunda transición democrática. En un mundo globalizado, donde los poderes y las instituciones se diluyen, es necesario que los trabajadores sociales contribuyamos, como ya hicimos en otros momentos históricos significativos, a instituir nuevas formas de provisión del bienestar en un marco de participación social abierta. Debemos hacerlo partiendo de la convicción de que disponemos de un bagaje teórico y experiencial que nos capacita para liderar procesos de organización comunitaria en torno a la mejora del bienestar, y aprovechando que ocupamos una posición privilegiada para hacer una tarea de mediación entre las instituciones y los ciudadanos ocupados, preocupados y/o afectados por las situaciones de exclusión social.

Pienso que, desde los espacios institucionales de práctica del trabajo social, la Administración pública y el Tercer Sector debemos construir una relación más porosa con los nuevos espacios ciudadanos que se movilizan por la mejora del bienestar. Debemos desarrollar una estrategia de proximidad que permita construir complicidades y trabajo en red a partir de un replanteamiento de la relación con todos los actores a partir del reconocimiento de su saber y su capacidad de aportar soluciones a las problemáticas existentes. E incorporando también aquellas prácticas de organización colectiva que no descartan las estrategias conflictivistas y que manifiestan que quieren cambiar las instituciones del Estado.

Desde el trabajo social debemos asumir el reto de impulsar procesos de organiza-

■ Desde el trabajo social debemos asumir el reto de impulsar procesos de organización comunitaria que nos acerquen a las aspiraciones de la ciudadanía.

ción comunitaria que nos acerquen a las aspiraciones de la ciudadanía, articulando mecanismos que faciliten una democracia más activa, que concilie la política institucional con la participación popular y la acción local y nacional con los procesos globales, para construir, entre muchos, en este nuevo escenario, un conjunto de acción que articule el trabajo conjunto de los actores implicados para construir un nuevo sistema de bienestar que proteja los derechos sociales y se convierta en una buena plataforma para el ejercicio de un trabajo social apoderador de las personas y los colectivos en situación de vulnerabilidad social.

Hacemos un trabajo al servicio del potencial humano y social de los colectivos en situación de vulnerabilidad

No debemos olvidar que el valor añadido del trabajo social es la tarea de movilización y organización de los ciudadanos no organizados, especialmente, las poblaciones en situación de vulnerabilidad social, a través de acciones centradas en sus problemáticas: la falta de vivienda, la dificultad para acceder al permiso de residencia, el estigma y la discriminación, las barreras arquitectónicas, etc. El trabajador social, que a menudo conoce de cerca estas situaciones, puede acompañar a los colectivos que sufren estas problemáticas para que reflexionen en torno a su situación y definan iniciativas para

mejorarla, reforzando su autonomía frente a la prescripción profesional. Sin duda, estos procesos de empoderamiento de las poblaciones son pequeñas grandes conquistas en la lucha contra la desigualdad y la fragmentación social.

Este proceso para dar la voz a los colectivos excluidos debe permitir que estos también puedan participar en el proceso de construcción de un nuevo sistema de bienestar, en el que los derechos sociales estén garantizados y en el que los servicios de bienestar respeten la dignidad de las personas y que restituyan la capacidad de las personas de dar. Cuando escuchamos a las personas con necesidades de apoyo nos damos cuenta de que las situamos demasiado pronto en la posición de usuarios y/o receptores de un servicio sin considerar que ellos también tienen capacidad de dar y que, a menudo, esta posibilidad se tiene que conquistar porque estos roles están ocupados.

Experiencias como Abiertamente, Radio Nikosia, Restaurante la Trobada, las PAH o el Huerto Social de las Casas, entre otras experiencias comunitarias surgidas del tejido social, rehúyen el modelo asistencialista buscando alternativas más dignas para las personas en situación de precariedad social. Porque su participación activa en el desarrollo de los proyectos favorece mejor su empoderamiento y capacitación para salir de su situación.

No olvidemos que el trabajo social es una herramienta imprescindible para garantizar que todas las personas puedan aspirar a ser felices. Sabemos que una sociedad igualitaria hace más feliz a la gente, no sólo a los que sufren directamente los efectos de la desigualdad sino a todos los que vivimos sometidos al estrés de la competitividad, el desarraigo y el malestar por no hacer lo suficiente para cambiar una sociedad que no nos gusta.

Bibliografía

- BARBERO, M. *Trabajo Social en España*. Mira editores, 2002. ISBN 84-8465-112-6.
- BARBERO, M. y CORTÉS, F. *Trabajo comunitario, organización y desarrollo social*. Alianza editorial, 2005. ISBN 978-84-206-4726-5.
- BOTEY, J. “Passat, present i futur de l’Estat del Benestar. La intervenció dels serveis socials i el treball social”, en *Revista de Treball Social*, nº 200 (diciembre 2013). Col·legi Oficial del Treball Social de Catalunya. Pág. 9-25. ISSN 0212-7210.
- FREIRE. “El rol del trabajador social en el proceso de cambio”, en *Hoy en el Trabajo Social*, nº 16/17. Buenos Aires: Ecro, 1969.
- NAVARRO. *Redes sociales y construcción comunitaria*. Editorial CCS, 2004. ISBN 84-8316-741-7.
- SANCHO, J. “Para una reconstrucción del concepto de comunidad que sea de utilidad para el trabajo social”, en HERNÁNDEZ ARISTU, Jesús. *Trabajo social comunitario en la sociedad individualizada*. València: Nau llibres, 2009. ISBN 978-84-7642-785-9.
- STRIER, R. “Responent a la crisi: la pràctica inclusiva del treball social”, en *Revista de Treball Social*, nº 200 (diciembre 2013). Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya. Pág. 46-57. ISSN 0212-7210.
- TWELVETRESS. *Treball de comunitat*. Ed. Pòrtic, 1988. ISBN 84-7306-312-0.
- ÚCAR i LLENA. *Miradas y diálogos en torno a la acción comunitaria*. Ed. Graó, 2006. ISBN 978-84-7827-477-5.
- ZAMANILLO, T. “Apuntes sobre el objeto en Trabajo Social”, en *Cuadernos de trabajo social*, nº 12 (1999). Pág. 13-32. ISSN 0214-0314.

Webgrafia

- CARMONA, M. y REBOLLO, O. (red. y coord.) (2009). *Guia operativa d’acció comunitària*. Acció Social i Ciutadania. Ajuntament de Barcelona.10 http://w110.bcn.cat/QualitatDeVida/Continguts/Menu%20Lateral/Documents/Nova%20Documentacio/documents%20tematics/acci%C3%B3%20comunit%C3%A0ria/Guia%20operativa%20accio%20comunitaria_2009.pdf [Visitado el 16/1/14].